

ro, pero no quiere. Dadle el dinero que necesita y os lo devolverá dentro de breve plazo con el interés de noventa y nueve por ciento. En el ínterin os deja en prenda este cofre precioso que encierra toda su fortuna; pero con la condicion que habeis de jurar no abrirlo antes de que os haya restituido el dinero, porque guarda un secreto que sólo Dios y él pueden conocer. Decidid.

Sea que los usureros de entonces tuvieran más confianza que los de hoy en los oficiales del ejército ó sea tal vez que tuvieran un natural más alegre, lo cierto es que el usurero del Cid aceptó aquellas proposiciones, prestó el juramento y entregó el dinero. Si el Cid cumplió despues su palabra, lo ignoro, como ignoro tambien si el usurero le armó camorra. Sólo sé que el cofre se encuentra allí actualmente y que el sacristan os cuenta riendo aquella anécdota, sin sospechar ni por asomo que la que os refiere sea una hazaña de pícaro redomado, mejor que una broma ingeniosa de un caballero ocurrente.

Antes de salir de la catedral es necesario hacerse referir por un sacristan la famosa leyenda del Papamoscas. El Papa-moscas es un muñeco de tamaño natural, metido en la caja del reloj que se halla encima de la puerta y en la parte interior de la iglesia. En otros tiempos, como los célebres muñecos del reloj de Viena, al sonar las horas salía de su escondite, y á cada campanada soltaba un grito acompañado de un gesto extravagante, con grande risa y alborozo de los muchachos burgaleses, pero turbando las funciones religiosas. Un obispo severo, para poner fin y térmi-

no al escándalo, hizo cortar no sé que nervio al fantoche y desde entonces permanece inmóvil y mudo.

No por ello dejó de hablarse en Búrgos, en España y fuera de ella de los hechos del fantoche. El Papamoscas fué una hechura de Enrique III, y de aquí deriva su importancia. La historia es muy curiosa. Enrique III, el rey de las aventuras caballerescas, que un día vendió el gaban para poder comer, solía ir todos los dias de incógnito á rezar en la catedral. Cierta mañana se cruzaron sus miradas con las de una jóven que rezaba ante el sepulcro de Fernan Gonzalez; aquellas miradas se anudaron, como diría Teófilo Gauthier. La jóven se ruborizó y al salir de la iglesia el rey la fué siguiendo hasta dejarla en su propia casa. Por espacio de muchos días se encontraron en el mismo sitio y á la misma hora, expresándose con miradas y sonrisas la simpatía y el amor que germinaba en el pecho de ambos; el rey seguía despues sus pasos acompañándola á su morada, como la vez primera, pero sin decirle nunca una palabra y sin que ella manifestara deseos de que se la dijera. Una mañana, al salir de la iglesia, la hermosa desconocida dejó caer el pañuelo; el rey lo recoge y lo esconde en su pecho y le entrega el suyo. La hermosa lo toma y desaparece, enjugándose las lágrimas. Desde aquel día don Enrique no la vió más. Pasado un año despues, habiéndose el rey perdido en un bosque, fué acosado por seis hambrientos lobos. Despues de prolongada lucha pudo deshacerse, con la espada, de tres de aquellas fieras, pero ya le faltaban las fuerzas é irremisiblemente iba á ser presa de las demás. En

aquel punto oyó un disparo y un extraño grito, que hicieron huir á los tres lobos; volvió la cara y vió á una mujer misteriosa que le miraba con los ojos fijos, sin poder proferir una palabra; los músculos de su rostro estaban contráidos de una manera horrible y de vez en cuando lanzaba de su pecho hondos lamentos. Cuando volvió en sí de su estupor, el rey reconoció en aquella mujer á la jóven de la catedral. Dió un grito de alegría y se abalanzó hácia ella para abrazarla, pero la jóven le detuvo, exclamando con divina sonrisa:—"Amé la memoria del Cid y de Fernan Gonzalez, porque mi corazon ama todo lo noble y generoso; por esto te amé á tí tambien. El deber me ha impedido consagrarte este amor, que hubiera sido la felicidad de toda mi vida. Acepta el sacrificio..." Al decir esto, dió con su cuerpo en tierra sin terminar la frase, oprimiendo contra su corazon el pañuelo del rey... Un año más tarde el Papa-moscas salía por vez primera de la caja del reloj anunciando las horas. El rey lo había hecho construir, con el objeto de honrar la memoria de la mujer que había amado. El grito del Papa-moscas recordaba al rey el grito que profirió aquella mujer en el bosque para espantar á los lobos. Añade la historia, que el rey quería que el Papa-moscas repitiera tambien las palabras amorosas de la bella desconocida: pero el artista moro que construyó el autómeta, despues de esfuerzos inauditos, se declaró incapaz de satisfacer los deseos del piadoso monarca.

Oida esta historia, di todavía una vuelta por la catedral, pensando con tristeza que no la vería más;

que dentro de poco tan maravillosas obras de arte no serían para mí más que un recuerdo y que de día en día este mismo recuerdo iría perdiendo su fuerza y vigor, confundiéndose con otros y borrándose por último de mi mente. Un cura predicaba desde el púlpito, ante el altar mayor. Su voz era tan débil que difícilmente se le oía; multitud de mujeres, arrodilladas sobre el pavimento, escuchaban la sagrada palabra con la cabeza baja y las manos cruzadas. El predicador era un anciano de aspecto venerable; hablaba de la muerte, de la vida eterna, de los ángeles, con acento suave y haciendo con la mano un ademán, como si la tendiera á una persona caída, para decirle:—"¡Levántate!"—Yo le hubiera dado la mía, exclamando.—"¡Sí, levántame!"

La catedral de Burgos no es una iglesia triste como casi todas las de España; me había tranquilizado el espíritu, predisponiéndome á las ideas religiosas. Salí de la iglesia repitiéndome por lo bajo y casi instintivamente:—"¡Sí, levántame!"

Volví á mirar una vez más las atrevidas agujas y los esbeltos campanarios y fantaseando dirigíme al centro de la ciudad. Al volver de una esquina, halléme ante una tienda que me causó escalofríos. Hay tiendas iguales en Barcelona, Zaragoza y en las demás ciudades de España; pero no sé cómo, ni comprendo por qué, era esta la primera que veía. Era una tienda espaciosa y limpia, con dos grandes escaparates á ambos lados de la puerta; en el umbral una mujer hacía calceta y en el fondo jugaba un niño. Pero os aseguro que al mirar aquella tienda, el hombre de mayor san-

gre fría hubiera sentido sobresalto, perdiendo el más alegre las ganas de reír. Adivinad, si podeis, de lo que se trata... en los escaparates, detrás de las hojas de las puertas, á lo largo de las paredes y unos sobre otros, hasta llegar al techo, todos dispuestos con orden admirable, como cestas de frutas, hallábanse en aquella tienda infinitos ataúdes, cubiertos unos con bordado velo y otros con flores, dorados ó esculpidos. Dentro, los féretros para los hombres; fuera, para los niños. Uno de los escaparates tocaba por la parte exterior con el de una tienda de comestibles, de modo que los ataúdes casi hacían vida comun con los quesos y los huevos. Y era muy fácil que un ciudadano apresurado, creyendo que iba á comprar el almuerzo, equivocara la puerta y diera de bruces con las cajas de muerto, equivocación capaz de hacer perder el apetito al más pintado.

Y ya que hablo de tiendas, entremos en un estanco, para que se vea en qué se diferencian de nuestras tabaquerías. En España, hecha excepcion de los *cigarrillos* de la Habana, que se venden en otras tiendas, no se fuman otros cigarros que los llamados de *tres cuartos* (poco ménos de quince céntimos) de igual forma que nuestros cigarros *romanos*, aunque algo más gruesos, exquisitos ó detestables, segun la factura, que depende de la casualidad la mayor parte de las veces. Los compradores habituales, que en español reciben el nombre especial de *parroquianos*, pagando un poco más se hacen dar cigarros *escogidos*, y los más exigentes, añadiendo un *plus* obtienen los *escogidos de los escogidos*. En el mostrador hay un plato con una esponja hume-

decida para mojar los sellos, evitándose de este modo la molestia de hacerlo con la lengua; y fijo en la pared un buzón para las cartas. La primera vez que entré en una de estas tiendas, echéme á reír al ver que tres ó cuatro vendedores hacían chocar las monedas contra el mostrador con tal fuerza, que saltaban por encima de sus cabezas, y las recogían en el aire con el ademán de un jugador de manos. Y hacen lo mismo en todas partes para saber por el sonido, si las monedas son buenas ó falsas. La moneda usual es el *real*, equivalente á cinco sueldos nuestros; cuatro *reales* hacen una *peseta*, cinco *pesetas* un *duro*, que equivale á nuestro escudo, de feliz recordacion, con más veintiseis céntimos; cinco escudos hacen un *doblon de Isabel*, de oro: El pueblo cuenta por reales. El real se divide en ocho *cuartos*, ó diez y siete *ochavos* ó treinta y cuatro *maravedises*; los ochavos son monedas morunas que han perdido casi la forma primitiva y que más parecen botones aplastados que verdaderas monedas.

En Portugal tambien tienen una unidad monetaria más pequeña que la nuestra: el *reis*, que vale con corta diferencia, la mitad de un céntimo, y todo lo cuentan por reis. Figuraos un pobre viajero que llega allá sin saber esto y que al pedir la cuenta despues de un buen almuerzo, oye que le dicen con semblante serio, en lugar de cuatro liras ó cuatro pesetas:— "¡Ochocientos *reis*!"—¡Los pelos se le ponen á uno de punta!

Antes de anochecer quise ver el sitio donde había nacido el Cid. Si hubiese olvidado dar este paso, me lo hubiera recordado el *cicerone* que me decía á cada

paso:—Restos del Cid; casa del Cid; monumento del Cid.—Un viejo, envuelto majestuosamente en su capa, me dijo con aire de proteccion:—Venga usted conmigo.—Y me hizo trepar por una altura que domina la ciudad, y en cuya cima se ven todavía los restos de un enorme castillo, antigua morada del Rey de Castilla.

Antes de llegar al monumento del Cid se encuentra un arco de triunfo, de estilo dórico, sencillo y gracioso, que Felipe II hizo levantar en honor de Fernan Gonzalez, en el mismo sitio, segun se dice, donde se levantaba la casa que fué cuna del famoso capitán. Algo más lejos se halla el monumento del Cid, erigido en 1734. Es un pilar de piedra colocado sobre un pedestal de fábrica y rematado en un escudo heráldico, con esta inscripción: "En este lugar se levantaba la casa donde nació en el año 1026 Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el *Cid Campeador*. Murió en Valencia en 1099, y su cuerpo fué llevado al monasterio de San Pedro de Cardena, junto á esta ciudad."—Mientras leía estas palabras, el *cicerone* me contó una leyenda popular sobre la muerte del héroe:

—Cuando murió el Cid,—me dijo con mucha gravedad,—nadie quedó velando su cadáver. Un judío entró en la iglesia, se acercó al féretro y dijo:—Ahí está el terrible Cid á quien en vida nadie tuvo el valor de tocar la barba; ahora se la tocaré yo y quiero ver qué puede hacerme.—Diciendo esto alargó la mano, pero en aquel mismo instante el cadáver cogió la empuñadura de la espada y el acero salió un palmo

de la vaina. El judío lanzó un grito cayendo al suelo horrorizado. Acudieron los frailes y levantaron al judío, quien al volver en sí, contó el milagro. Entonces todos se fijaron en el Cid y vieron que todavía tenía la mano en el puño de la espada en a leman amenazador. Dios no quiso que los despojos de aquel gran guerrero fuesen profanados por la mano de un infiel.

Al decir estas palabras y como no notara en mí señal alguna de incredulidad, me condujo á un arco de piedra, que debió ser de alguna puerta de Burgos, y señalándome una estría horizontal que se veía en el muro, á poco más de un metro del suelo, me dijo:

—Esta es la medida de los brazos del Cid cuando era jóven y venía aquí á jugar con sus amigos.

Y tendió los brazos á lo largo de la estría para hacerme ver que no llegaba á la medida. Empeñóse despues en que yo hiciera la misma operacion y tambien mis brazos se quedaron cortos. Miróme con aire de triunfo y emprendimos el camino de la ciudad. Al llegar á una calle solitaria, paróse ante la puerta de una iglesia y me dijo:

—Esta es la iglesia de Santa Gadea, donde el Cid hizo jurar al rey D. Alfonso VI, que no había tenido parte en la muerte de su hermano:

Rozúele que me contara toda la historia.

—Se hallaban presentes,—añadió,—los prelados, los caballeros y demás personajes del Estado. El Cid puso los Santos Evangelios sobre el altar, el rey tendió la mano, y el caballero dijo:—"Rey D. Alfonso, juradme que no os habeis manchado con la sangre del rey D. Sancho, mi señor. Si jurais en falso, ruego

á Dios que os haga morir á manos de un vasallo traidor.—El Rey dijo:—Amén;”—pero perdió el color. Y añadió el Cid:—”Rey D. Alfonso, habeis de jurarme que no habeis ordenado ni aconsejado la muerte del rey D. Sancho mi señor; y si jurais en falso ¡morid á manos de un vasallo traidor!—Y contestó el Rey:—*Amin;*”—pero segunda vez perdió el color. Doce vasallos fueron testigos del juramento del rey. El Cid quiso besarle la mano; pero no se lo permitió el monarca, que le odió desde entonces toda la vida.

Dijomé luego que segun otra tradicion el Rey no había jurado sobre los Evangelios, pero sí sobre el cerrojo de la puerta de la iglesia; que durante mucho tiempo los viajeros de todos los países del mundo habían ido á Búrgos con el deseo de admirar aquel cerrojo, al cual el pueblo atribuía no sé cuantas virtudes sobrenaturales, y que tanto se hablaba de esto en todas partes y tantas fábulas se habían inventado, que el obispo D. Fray Pascual vióse obligado á ordenar que lo arrancaran, como si temiera que se creara rivalidad peligrosa entre la puerta y el altar mayor. Nada más dijo el *cicerone* sobre este punto; pero podrían escribirse muchos volúmenes si se quisieran recoger todas las tradiciones que sobre el Cid corren por España de boca en boca. Ningun guerrero legendario fué tan querido de su pueblo, como el terrible Rodrigo Díaz de Vivar; la poesía ha hecho de él un semi-dios. Su gloria vive en el sentimiento nacional de los españoles, como si hubiesen trascurrido, no ocho siglos, sino ocho lustros desde la época en que vivió. El poema heroico que lleva su nombré, y que

sin duda el primer monumento de la poesía de España, es todavía la obra más nacional de su literatura.

Entre dos luces fuime á pasear por los pórticos de la Plaza Mayor, con la esperanza de ver alguna gente. Pero como llovía á raudales y hacía un viento de todos los diablos, no encontré más que algun grupo de chiquillos, trabajadores ó soldados. Volvíme directamente á la fonda. Aquella misma mañana había llegado el emperador del Brasil, quien debía salir á la noche para Madrid. En la sala donde comí acompañado de algunos españoles con los cuales trabé conversacion hasta la hora de salida, comian tambien todos los mayordomos, camareros, criados, palafreneros y qué sé yo qué más de su majestad imperial, sentados alrededor de una gran mesa que ocupaban por completo. Había allí rostros blancos, morenos, amarillos, negros, cobrizos, con unos ojos y unas bocas y unas manecitas, como no es posible hallar cosa igual en todo la historia del *Pasquino* de Teja. Cada uno de ellos hablaba una lengua distinta y bastarda; cual se expresaba en inglés, cual en francés, portugués ó español; algunos hacían una mescolanza horrible de estos cuatro idiomas, añadiendo palabras, modismos y acentos de no sé qué infernal dialecto. Y no obstante, se entendían y discurrían todo á la vez, armando tal confusion y algarabía, que no parecía sino que hablasen una sola, desconocida y horrible lengua de alguna tierra salvaje, ignorada del mundo.

Antes de dejar á Castilla la Vieja, cuna de la monarquía española, me hubiera gustado ver Soria, le-

vantada sobre las ruinas de la antigua Numancia; Segovia, con su inmenso acueducto romano; San Ildefonso, el delicioso jardín de Felipe V; Avila, la ciudad natal de Santa Teresa. Pero antes de tomar el billete para Valladolid, dedíqueme al estudio de las cuatro primeras operaciones de aritmética, y acabé diciéndome que en los cuatro puntos susodichos era muy fácil que no hubiera nada de importancia; que las guías exajeran; que todo es cuestion de fama; que vale más ver poco que mucho, siempre que este poco se vea bien y se retenga íntegramente en la memoria; y otras profundas razones que respondían rigurosamente á los datos que arrojaban mis cálculos y á lo que deseaban mi sofística pereza y mi capciosa hipocresía.... De este modo salí de Búrgos, no habiendo visto más que monumentos, ciceroni y soldados, porque las castellanas, temerosas de la lluvia, no habían tenido valor para aventurar sus diminutos piés por los arroyos de las calles. Efecto sin duda, de ello, me quedó de aquella ciudad un recuerdo casi triste, á pesar de la pompa de sus colores y de la magnificencia de su catedral.

De Búrgos á Valladolid, la campiña se parece mucho á la que se contempla desde Zaragoza á Miranda. Véanse tambien vastas y despobladas llanuras, fajas de colinas bermejas, arenales solitarios, muchos, inundados de luz ardiente, que trasportan la imaginacion á los desiertos de Africa, á la vida contemplativa, al cielo, al infinito, dejando en el corazon un sentimiento inexplicable de cansancio y melancolía. Entre aquellas llanuras, en aquella soledad, en

aquel silencio, se comprende la naturaleza mística del pueblo castellano, la ardiente fé de sus reyes, la sagrada inspiracion de sus poetas, los éxtasis divinos de sus santos, sus grandiosos templos, sus magníficos cláustros y su brillante historia....

